

en guardar ese postigo,  
pues interesa á mi honor.  
—Ved que os podéis engañar.  
—Mirad que conozco yo  
toda la gente que habita  
esta casa; y si no sois  
ó amigos, ó deudos de ella,  
contrarios en conclusión  
sois míos: conque mostraos,  
ú os doy por tales si no.  
—Como queráis, don Juan dijo;  
y asiendo de su espadón  
para el embozado fuése,  
que á tajos le recibió.  
Siguióle Gabriel á poco,  
con la pérfida intención  
de embestirle de repente  
fingiéndose mediador,  
mas el caballero incógnito,  
conociendo la traición,  
y siendo sin duda ducho  
en tales lances, se echó  
contra la tapia, quedando  
cara á cara con los dos.  
Don Juan se bate hartó bien,  
que es muy diestro reñidor,  
y lo que en seso le falta,  
le sobra en el corazón.  
El tiempo de acometerle,  
Gabriel aguarda traidor,  
cuando le tenga en apuro  
de don Juan la decisión;  
mas vano, pese á su astucia,  
el intento le salió,  
porque es mucha la destreza  
del osado retador,  
y en el momento en que acaso  
toca cerca la ocasión  
un buen tajo de revés  
la muñeca le alcanzó.  
Soltó Gabriel un ¡ay! ronco  
al repentino dolor;  
volvió don Juan la cabeza,  
pero tiempo no le dió  
el bravo desconocido  
para entender la razón  
de su grito, porque el pecho  
atravesado sintió.  
De una distracción el punto  
aprovechando veloz,

metióse á fondo el incógnito  
y en tierra á don Juan tendió.  
Reinó el silencio un momento,  
pero al alarmante son  
de los gritos de Gabriel,  
el barrio se alborotó.  
Asomaron por las rejas  
ya una antorcha, ya un farol,  
diciendo diversas voces:  
«¡Al asesino! ¡Al ladrón!»  
Y una rápida mirada  
al caballero bastó  
para ver que era don Juan  
víctima de su valor.  
Echóse, pues, al postigo  
por donde salir los vió,  
mas encontrando cerrado  
por dentro el grueso portón,  
y ya de cerca sintiendo  
de armas y gentes rumor,  
con rapidez silenciosa  
la opuesta esquina ganó.

De política aquí, lector querido,  
la narración cansada interrumpamos,  
y del cuento en mis libros prometido  
á la historia más plácida volvamos.  
Tan larga introducción precisa ha sido,  
para que desde aquí nos entendamos,  
pues anudado á ella lo restante,  
sigue mi tradición de aquí adelante.

En una granja que las ondas riegan  
del espumoso Tajo, y do los daños  
de la revuelta popular no llegan,  
doña Inés de Zamora hace dos años  
que vive retirada,  
de mundanos placeres olvidada.  
Viuda de un caballero  
de ilustrísima cuna,  
madre no más de un joven heredero,  
y dueña de una pródiga fortuna,  
sus bienes administra rectamente,  
y cuida el porvenir del hijo ausente.  
Noble matrona de costumbres puras  
y pensamientos graves,  
da gracias al Señor por sus venturas,  
y él de su corazón tiene las llaves;

y de su hijo el amor tan solamente  
entra en su corazón, vive en su mente.  
El hijo, como hidalgo  
y en la opulencia y el poder nacido,  
pues es forzoso que se ocupe en algo,  
sus vasallos valiente ha reunido,  
y en el distrito de su misma tierra  
á favor de su Rey hace la guerra.  
Pérfidas compañías  
y torpe inexperiencia,  
malearon tal vez, hace ya días,  
la política fe de su conciencia,  
y, acaso indignos de él, necios amores  
le aprestan venideros sinsabores.  
Doña Inés no lo ignora,  
y aunque mil veces le advirtió severa  
el precipicio adonde va, le adora,  
y de los años y experiencia espera  
que, visto de su amor el desatino,  
entre de su deber en el camino.  
En la fe de sus padres educada  
y ciega lealtad de sus mayores,  
teme que su alma joven, conquistada  
por los principios sea innovadores,  
y engañado su hijo, acaso olvide  
lo que su religión y Rey le pide.  
Y en este pensamiento embebecida  
estaba como siempre, en aposento  
de su alquería oculto, y combatida  
tal vez por interior presentimiento,  
cuando dentro escuchó de su alquería  
confuso estruendo y sorda gritería.  
De su fiel mayordomo en tono recio  
oyó la voz que á alguno amenazaba,  
y otra que desconoce, y con desprecio  
á sus justas preguntas contestaba;  
y abriendo de su cámara la puerta,  
salió á ver del rumor la causa cierta.  
En los hombros sin capa, sin sombrero  
en la cabeza, y agua destilando  
de sus ropas, hallóse á un caballero  
con sus fieles sirvientes disputando;  
mas el supuesto de éstos desmentía  
su traje militar y gallardía.  
—¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.  
—Desventuras, señora,  
de un amante infeliz, á quien no ayuda  
ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,  
respondió el caballero  
en tono de dolor, triste y severo.

—Veo que sois hidalgo en vuestro porte  
y arreo militar; mi esposo en vida  
lo fué también y frecuentó la corte.  
Vuestro afán decid, pues, y si salida  
puede dar una dama á vuestro apuro,  
de mi escaso favor estad seguro.  
—Á solas ha de ser, porque aventuras  
de nobles caballeros  
no fio mucho yo que estén seguras  
en lenguas de pecheros;  
y acaso serán tales,  
que á quien me ayude ser podrán fatales.  
—Despejad.—Y saliendo de la estancia,  
dentro de ella con él á su señora  
dejaron los criados, y á su instancia  
ella volvió, diciendo:—Hablad ahora,  
señor soldado; vuestro duelo sepa,  
y fiad en que haré cuanto en mí quepa.  
—Señora, oidme, pues: Ha un año largo  
que con mi Rey partí para Alemania,  
al lado suyo con honroso cargo;  
y una ingrata mujer dejé en España,  
por quien ciego de amor lloré al partirme,  
jurándola volver al despedirme;  
mas mudóla mi ausencia, y un amigo  
que desde la niñez me fué constan-  
del hecho me escribió, como testigo  
que ocupó mi lugar pronto otro amante,  
y que en tramas políticas metida,  
su suerte á la política va unida;  
y otras razones mil, señora, excuso,  
pues de vuestra atención veo que abuso.  
Volvíme á España enamorado, y ciego  
de celos y furor, mas esperando  
en volver á encender su amante fuego,  
y aun á mi amigo crédito negando.  
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos  
la razón quise ver de mis enojos:  
de las nocturnas sombras al abrigo,  
entré en su calle y espí su casa.  
Señora, perdonad si esto que os digo  
aún los ojos en lágrimas me arrasa.  
—Seguid.  
—Vi las ventanas de su cuarto;  
mas verlas ¡ay de mí! pesóme hartó.  
Las sombras vi cruzar tras los cristales  
de un hombre que con ella platicaba,  
y noté, para colmo de mis males,  
que un embozado la mansión rondaba,  
y en ella por postigo entró secreto

que en mi ausencia se abrió: y ¡ay! ¿con  
[qué objeto?

En un obscuro callejón desierto  
les esperé gran trecho, y aguardara  
años cabales hasta verle abierto,  
y hasta que tal infamia ver lograra.  
Parecieron, por fin, dos juntamente,  
y atájelos el paso airadamente.  
Yo no sé qué les dije, mas fui breve,  
y mi enojo no bien satisfaciendo  
(como á todo un celoso audaz se atreve),  
á estocadas con ambos emprendiendo,  
ya fuera mi razón, ya fuera el arte,  
á uno de ellos pasé de parte á parte.

—¡Desdichado de vos!

—Estoy muy cierto

de que yace sin vida.

Mas las voces del vivo junto al muerto  
trajeron gente, y apelé á la huida;  
mas sin duda mi pérfido destino  
les marcó en las tinieblas mi camino.

—¿Os siguen?

—Sí: corrí sin guía alguna;

pero vi que era inútil mi trabajo  
y que me abandonaba la fortuna,  
cuando á la orilla me encontré del Tajo.  
La justicia detrás y éste delante,  
muerte por muerte, la elegí al instante.  
Al agua me arrojé desesperado,  
y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,  
mas al tocarla, en el opuesto lado  
vi llegar de corchetes la cuadrilla.  
Por las peñas trepé, y á esta alquería  
llegué por fin. Tal es la historia mía.  
Ahora, si noble sois, si habéis amado  
algún día, señora,  
por cuanto hayáis en vida idolatrado,  
no me desamparéis en esta hora;  
ved que es ciega la furia de los celos,  
y vuestra compasión premien los cielos.  
—¿Al muerto conocéis?

—No.

—Fué un arrojó;

mas no temáis, que si el Señor me auxilia,  
salvo seréis, y lograré el enojo  
callar y la razón de su familia.  
Venid: voy á ocultaros diligente,  
que tal vez oigo ya rumor de gente.  
Dineros os daré con un caballo;  
partid en cuanto partan, por opuesto

camino, y medio tomaré, si le hallo,  
para apartar de vos fin tan funesto.  
Venid: pues que fiáis en mi nobleza,  
no burlaré ¡por Dios! vuestra franqueza.

Y hablando así la viuda generosa,  
en camarín secreto le escondía  
mientras entraba en turba tumultuosa  
la justicia del Rey por su alquería.

Con grandes voces se meten  
por los cuartos adelante  
los corchetes y ronderos,  
con antorchas y con sables.  
«¡Hacia aquí tomó camino!  
¡Aquí debió de ampararse!  
¡No quede un rincón por versel!  
Muchachos, ¡que no se escape!»  
Esto en varias direcciones  
se oía por todas partes,  
y á pretexto de justicia,  
se aprestaban al pillaje.  
Hormigueaban los curiosos  
y los valientes que salen  
á ayudar á los que vencen  
sin que los avise nadie.  
Ya por la atrevida turba  
empezaba á susurrarse  
si son ó no comuneros  
los dueños de aquel paraje,  
y ya entre ellos empezaba  
el caso á comentariarse,  
diciendo que el muerto es noble  
y de las tropas Reales,  
y pues que aquí dan amparo  
al que logró asesinarle,  
traidores son y rebeldes  
los que allí capa le hacen.  
Y comenzaban con esto  
los villanos á arrimarse  
á los objetos que vían  
de peso y transporte fácil.  
Ya con voces imperiosas  
alborotaba el alcalde  
con lo de «entregarle al Rey»,  
cuando, de él mismo delante,  
por dentro abriendo una puerta,  
doña Inés salió á atajarle,

vistiendo luto y cercada  
de domésticos y pajes.  
Al ver su bizarro porte  
y su severo semblante,  
tuvieronse respetuosos,  
y ella rompió en voces tales:

—¿Qué busca el Rey en mi casa?

¿Por qué tanta gente trae,  
cual si fuera mi alquería  
castillo que va á asaltarle?  
¿Desde cuándo se acostumbra  
que así á los nobles se trate,  
y en el nombre de las leyes  
sus aposentos se allanen?  
La justicia, enhorabuena,  
en nombre del Rey, que pase:  
mas los villanos del vulgo  
que se esperen en la calle.  
Señor golilla, al momento  
esa gente despejadme,  
porque desde vos abajo  
no he de responder á nadie.—  
Quedó el alcalde aturrido,  
de repente al encontrarse  
con una noble matrona  
donde supuso jayanes;  
y haciendo salir la gente,  
con ella á solas quedándose,  
en tono de desagravio  
empezó por «perdonadme.....»  
mas la generosa dama  
interrumpióle la frase  
diciendo:—Oigo á la justicia:  
¿Qué tiene el Rey que mandarme?  
—Un asesino, señora,  
que ha conseguido fugarse  
vadeando el río, esconderse  
debe por estos parajes.  
—Supongo que la justicia  
tan poco honor no me hace  
que crea que yo le oculto,  
contra el Rey por auxiliarle.  
—Señora.....

—Podéis entrar

mis cámaras adelante,  
y prender á ese asesino  
dondequiera que le hallareis.  
—Me basta vuestra palabra:  
vuestro nombre y vuestra sangre  
conozco, y en quien sois vos

tamaño crimen no cabe;  
mas tenéis muchos criados;  
sus aposentos dejadme  
mirar, por si alguno de ellos  
es conecedor del lance.  
—Todos son criados viejos,  
de quien salgo responsable,  
mas cumplid vuestro deber  
como quiera que gustareis.  
La casa tiene bodegas,  
y horno, y pajar, y corrales;  
registrad una por una  
sus divisiones, alcalde.—  
Partió el golilla, por obra  
á ponerlo, y saludándole  
gravemente doña Inés,  
volvió en su cuarto á encerrarse.

Mientras abajo el alcalde  
la casa revuelve toda,  
y registrando las cuadras  
va pasando de una en otra,  
doña Inés, en su aposento  
con el caballero á solas,  
de esta manera le dice  
con baja voz cautelosa:  
—Tomad, caballero, ese oro,  
que os bastará por ahora  
para poner con la fuga  
en cobro vuestra persona.  
Un potro abajo os aguarda  
que os sacará en pocas horas  
del alcance de las leyes:  
buscad tierra que os esconda,  
que yo quedo tras de vos.  
Mas decidme, por la honra  
de vuestra fama, ¿le heristeis  
en liza leal?

—Señora,

Pedro de Guzmán me llamo,  
y nunca en lid alevosa  
tomaron parte Guzmanes.  
—Con vuestro nombre me sobra,  
Guzmán; por un asesino  
preguntaron, y mi boca  
no mintió cuando os negaba,  
ni obré de la ley en contra.  
—Señora, podéis jurarlo

sobre las sagradas hojas  
del Evangelio; le he muerto  
cara á cara, y sin dolosa  
estratagema ó ventaja  
que me fuera valedora;  
dos eran en contra mía;  
ved si la razón me abona.  
—Está bien; y pues la casa  
ya esas gentes abandonan,  
partid por el lado opuesto,  
Guzmán, y el cielo os acorra.  
—Y si algún día....

—Ya basta,  
partid.

—Adiós, pues, señora.

—  
Con una mano en la llave  
y una lámpara en la otra,  
delante del caballero  
la dama, á guiarle pronta;  
envuelta en cumplida capa  
la descompuesta persona,  
pronto á seguir el hidalgo  
á su noble bienhechora,  
sin movimiento quedaron  
ambos á dos, tumultuosas  
voces oyendo en el patio,  
sin que la razón conozcan.  
Ayes y gritos de espanto  
y maldiciones rabiosas  
al mismo tiempo escuchaban,  
y conocen que se agolpa  
la gente otra vez, pues oyen  
de las pisadas monótonas  
el rumor, que va creciendo,  
y del murmullo la ronca  
armonía; y por los vidrios  
ven crecer de las antorchas  
la luz, que ilumina el patio  
do pasa la escena incógnita.  
—¿Qué es esto? dijo la dama.  
—Sábelo Dios, en voz sorda  
la contestó el caballero,  
presa de angustia recóndita.  
—Esperad, añadió ella;  
y acudiendo temerosa  
á un corredor que da al patio,  
por la ventana se asoma.

Dió un grito que heló en las venas  
de Guzmán su sangre toda,  
diciendo: «Es él.... ¡Hijo mío!»,  
la desdichada matrona.  
Corrió el caballero ansioso  
á la vidriera, y la atónita  
mirada al patio tendiendo,  
vió su desventura toda.  
En hombros de los criados,  
de la ancha herida en la boca  
brotando aún la roja sangre,  
yace don Juan de Zamora,  
y de su traje y su rostro,  
por las señas que le toma  
con ojos desencajados  
de las inmóviles órbitas,  
reconoce el de Guzmán  
en el mancebo á quien lloran,  
el mismo á quien en la calle  
mató por su mano propia.  
Cayó en un sillón la viuda  
bajo el dolor que la agobia,  
de amargo llanto en los ojos  
con dos abrasadas gotas,  
y de rodillas ante ella  
cayó en silencio en la alfombra  
el matador caballero,  
víctima á inmolarsé pronta.  
—¿Qué hacéis? le dijo la dama,  
así mirándole absorta.  
—Matadme, dijo Guzmán;  
y en esta palabra sola  
comprendiendo por entero  
aquella trágica historia,  
«¡Maldito seas!» le dijo  
la horrorizada matrona.  
Duró un momento el silencio  
de aquesta escena angustiosa,  
que al fin rompió el caballero  
con voz apenada y cóncava,  
diciéndola:—Dios lo quiere;  
cumplid con su ley, señora,  
y entregadme á la justicia,  
pues en sus manos me arroja.  
—Sí, sí, repuso la dama,  
desatinada y furiosa,  
levantándose: es muy justo,  
y cualquier pena es muy corta  
para tamaño delito;  
caiga en ti su sangre toda.—

Y al corredor dirigióse  
para ponerlo por obra;  
mas tuvóse de repente,  
y con calma, aunque en faz torva,  
díjole:—Jamás un noble  
recuerda lo que perdona.  
Caballero, levantaos;  
la vista consoladora  
de ese santo crucifijo  
en el corazón me toca;  
pues os ampararé ignorando  
vuestra culpa y mi congoja,  
no es justo que conociéndolas  
os abandone traidora.  
En nombre de Jesucristo,  
que dió su vida en el Gólgota  
por salvarnos á los dos,  
id libre, Guzmán.

—Señora....

—Id, y que en cuenta me tome  
resolución tan heroica,  
al llamarme ante su juicio  
en mi postrimera hora.

Atónito el caballero,  
quiso hablar, mas imperiosa  
abrió la dama la puerta  
que fuga le brinda cómoda,  
y mostrando con un gesto  
una escalerilla lóbrega,  
tomóla, asiendo la lámpara,  
y el caballero siguióla.

—  
Volvió á los pocos momentos  
pálida y acongojada,  
y cayendo arrodillada  
ante la imagen de Dios,  
exclamó, oyendo á don Pedro  
que escapaba á toda brida:  
«Señor, si ese hombre lo olvida,  
tenédmelo en cuenta vos.»

—  
Todo lo devora el tiempo,  
todo; y el bien como el mal,  
como el vicio la virtud,  
se hunden en su obscuridad.

Todo se borra y se olvida,  
todo al cabo viene á dar  
en la sima del silencio,  
en el caos de la edad.  
No porque la noble viuda  
pudiera olvidar jamás  
al hijo de sus entrañas,  
al desdichado don Juan;  
no, ¡por Dios! En su hora última,  
luchando el alma tenaz  
por desasirse del cuerpo,  
fué éste su postrer afán.  
Mas del hijo y de la madre  
ninguno respira ya,  
que á aquél le mató don Pedro,  
y á ésta la mató el pesar.  
Mas queda el autor del duelo,  
y años transcurridos van  
desde aquella horrible noche;  
y aquel suceso fatal,  
y aquel perdón que debió  
del cielo á la gran piedad,  
¿quién sabe si en su memoria  
borrados al cabo están?  
¿Quién sabe si los recuerda  
como una aventura más  
de su existencia azarosa,  
de su vida militar?  
¡Tal vez á la corte vuelto  
tras largos años Guzmán,  
ni de Toledo se acuerda,  
ni pensó en volver allá!  
De todo el mundo ignorada  
la mano que audaz, oculta,  
causó la muerte de un hombre  
provocándole á lid tal,  
preséntase por doquiera  
don Pedro, y doquier que va,  
recibido es cual merece  
caballero tan cabal.  
Bien mirado por su Rey,  
de grandes en amistad,  
sin más familia allegada,  
ni deudos por quien mirar  
que un mozo de quince abriles,  
hermano suyo carnal,  
con buen humor, libre tiempo  
y oro largo que gastar,  
se encuentra en el apogeo  
de la dicha mundanal;

y dicen los que le tratan:  
«¡Dichoso es el tal Guzmán!»

Y si no lo es, ¡vive Dios  
que lo sabe aparentar!  
porque es la vida que lleva  
un continuo carnaval.  
Siempre de un festín en otro  
va pasando sin cesar:  
ó amigos se los aprestan,  
ó él á amigos se los da.  
Las damas de más belleza  
le quieren por lo galán;  
los hombres más envidiosos,  
por lo franco y liberal.  
Nadie tiene más apuros  
ni aventuras que contar,  
nadie más oro prestado,  
que nunca cobrar podrá;  
mas nadie tiene un amigo  
más sincero y más leal,  
ni á nadie se halla más pronto  
en cualquier necesidad.  
Salúdanle los mendigos  
con silencioso ademán,  
porque saben ya que en él  
es no tener el no dar.  
Y como en gastar dineros  
no va nunca más allá  
de lo que pueden sus rentas,  
vive sin necesitar  
pedir lo que dió prestado  
á sus amigos, lo cual  
hace que eterna le guarden  
incólume su amistad.  
Y envidianle los soldados  
su brío y porte marcial,  
y los cortesanos todos  
su noble afabilidad.  
Recibe su hermano de él  
educación bien cabal,  
mas como la suya propia,  
educación militar.  
Las armas y los caballos  
predilección especial  
gozan en ánimo de ambos,  
y las fiestas de lidiar.  
Los toros son y las cañas  
su diversión familiar,

la caza y el ejercicio  
su remedio universal  
para matar el fastidio  
y el dolor para calmar.  
Y como en tales recreos  
aliciente es principal  
la compañía de gentes  
de activa jovialidad,  
todos sus amigos se hacen  
alegres hasta cansar,  
y á prestarle compañía  
todos dispuestos están.  
Don Pedro, que hombre es de mundo  
y de mente perspicaz,  
lo ve, lo calla y lo aprecia  
en lo que vale no más;  
mas no don Félix, su hermano,  
que el mundo conoce mal,  
y aun en la amistad se fía,  
y fía en la lealtad  
de cuantos quieren venderle  
un cariño fraternal.  
Y aunque sus potros le montan  
y usan sus armar, y van  
á todas partes con él,  
de él dejándose obsequiar,  
ni interés sospecha en ellos,  
porque de él es incapaz,  
ni sus frases, con sus obras  
pondera en balanza igual.  
Y este fué su paso en vago,  
este el impulso no más  
que á triste fin le condujo  
con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,  
aunque apenas aún le apunta el bozo,  
es, franco de alma y de jovial semblante,  
don Félix de Guzmán un bravo mozo.  
Sencillo en el vestir, mas ataviado  
de la corte á la usanza,  
de las damas alcanza,  
tal vez, favores, y en secreto amado  
es de alguna beldad, sin esperanza.  
Tal vez pagado él mismo  
de su belleza juvenil, aspira  
á un imposible amor que loco admira  
á través de dorado idealismo.  
Doña Ana de Alarcón, noble loncella,

por el sitio y las señas que citaba,  
la casa de doña Ana conocía.  
Y sabedor en tanto del suceso,  
á él nada más don Félix suponía,  
y de franqueza le perdió el exceso.

En una lóbrega noche  
en que las nieblas ofuscan  
la opaca luz que la prestan  
las estrellas y la luna;  
de esas noches en que el aire  
con sordas ráfagas zumba,  
por las esquinas rasgándose  
y por las torres agudas;  
de esas noches que parece  
que en hondo caos sepultan  
al universo dormido,  
y el cielo y la tierra enlutan;  
de esas noches que recuerdan  
las espantosas y absurdas  
consejas de las nodrizas,  
con que á los niños asustan;  
noches que traen á la mente  
los concilios de las brujas,  
los conjuros de los magos  
y las sombras insepultas,  
como tales, en silencio,  
á pasos rápidos cruzan  
don Félix y el necio amigo  
una callejuela oscura,  
de la calle de doña Ana  
y del Real palacio junta.  
En silencio van los dos,  
porque á los dos les ocupan  
melancólicas ideas,  
cual no las tuvieron nunca.  
—¿Sabes lo que pienso, Félix?  
dijo al pararse en la última  
esquina el otro.

—¿Qué piensas?

replicó Félix.

—Que es mucha  
necedad ir esta noche  
de nuestra doña Ana en busca.

—¿Por qué?

—Porque es imposible  
que ella á la ventana acuda.

—¿Por qué?

—Porque supondrá

es en su corazón la preferida;  
mas ésta, desdichada cuanto bella,  
á un milanés muy noble prometida  
por su familia está, por lazo que ate  
políticas discordias elegidas,  
aunque la fuerza del dolor la mate.  
Hombre es el milanés en tramas ducho,  
y hay quien le juzga de su patria huído,  
y que ocultos amaños ha traído,  
y en favor de Milán maquina mucho.  
Bien recibido de la Corte se halla,  
gasta con profusión, y que no tiene  
con el Gobierno en sus antojos valla,  
dicen, y se susurra por lo bajo  
que mucho á España su amistad conviene,  
aunque cuesta creerlo harto trabajo.  
Don Félix, á quien nadie da pavura,  
y que en el milanés ve solamente  
una cualquier humana criatura,  
va adelante en su amor, harto imprudente,  
y prudente anduviera  
si á sí mismo no más se lo fiara  
y á su lengua pusiera  
un candado, que á fe que lo acertara.  
Mas tenía un amigo  
de quien fiaba sus secretos todos,  
que era de él como eterno compañero,  
sabedor de sus hechos ó testigo.  
Joven como él, como él sin experiencia,  
de otros varios fiaba sus secretos  
y los del buen don Félix. ¡Imprudencia  
á que están muchos jóvenes sujetos!  
Contaba, pues, sus necios amoríos  
é inventaba amorosas aventuras,  
y entre sus mal fraguados desvaríos  
contaba de don Félix las venturas,  
contaba de una dama misteriosa  
las encubiertas citas,  
y contaba, en la noche silenciosa,  
del dichoso don Félix las visitas.  
Contaba cómo él solo  
el compañero de esas citas era,  
y en la inmediata calle,  
por si lance fatal aconteciera  
por acaso ó por dolo,  
quedaba las espaldas á guardalle.  
Y aunque jamás nombraba la persona  
á quien don Félix por la reja hablaba,  
en tan nimias señales se paraba,  
que á poco que el discreto discurría,